



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	Provincias: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

Lo que hace falta.



Han llegado á tal extremo el desorden y el barullo en las Plazas de Toros cuando se lidian reses bravas, que ya nadie conoce la razón de ejecutarse las suertes como el arte, fundado en larga experiencia, aconseja y determina. Es un verdadero escándalo el desbarajuste que poco á poco ha ido introduciéndose en el redondel, donde cada uno hace lo que quiere de propia voluntad, sin obedecer á nadie, ni á más ley que á su capricho; porque ni los lidiadores saben cuáles son sus obligaciones, ni los Presidentes tampoco, ni el público se cuida más que de jalearse y alegrarse, no comprendiendo que esto es ficticio y que generalmente toma como bueno lo que esencialmente es malo. De ahí los recortes, las pataditas y las monadas erigidas en sistema, aplaudidos hoy á rabiar y silbadas furiosamente al célebre Labi, y aun al diestro Antonio Carmona, el Gordito.

Ya cuando el afamado Cúchares quiso iniciar ese bullicio y jolgorio que desnaturalizan la lidia, le salió al paso, en 1845, cortándole los vuelos, el inteligentísimo aficionado y cumplido caballero D. Alejandro Latorre, diciéndole que todo aquello (las monadas y chavacanerías) sería bueno si á tiempo se hiciera, dando á entender, que un recorte en momento determinado, debe aplaudirse; que un coleo, para salvar á un picador, es digno de elogio; que un descabello, á un toro casi muerto, es apreciable, y que un galleo al de mucha vida, tiene indisputable mérito: pero que no pude admitirse como bueno ninguno de dichos medios de burlar las reses cuando se hallan en otras condiciones. ¿Qué diría mi distinguido amigo si viera lo que hoy estamos viendo? ¿Qué opinión formaría de los que ahora cosechan aplausos á cambio de aptitudes acrobáticas? ¿Qué le ocurriría pensar de esos picadores que no quieren ir á la suerte, y cuando van salen terciados; de esos peones que echan capotes sin orden de nadie, deshaciendo el uno lo que el otro hace; de esos banderilleros que necesitan ayudas para prender medio par, y de esos espadas que nunca saben mandar y mucho menos hacerse obedecer? Seguramente hubiera tomado el asunto más en serio

que yo, y habría adoptado el partido de prescindir por completo de las capeas, para no olvidar la tauromaquia legítima y verdadera.

Difícil es el remedio y obra constante del tiempo y de enérgica voluntad por parte de los jefes del ruedo que quieran cumplir con sus deberes y encauzar el desbordamiento anárquico introducido en todas las Plazas del reino; pero no es imposible si háy un primer espada que se imponga á todos, haciéndose obedecer, y hasta privando de trabajar á los jinetes y peones que estorban é imposibilitan la ejecución de las suertes. A ese fin necesitan tener, sobre todos, el ascendiente preciso para que le respeten, consiguiéndole por su inteligencia, por su carácter y por su perseverancia, cualidades que hoy no demuestran desgraciadamente los directores de plaza, que se han criado, por decirlo así, en otra atmosfera, viendo el mal ejemplo, y alguno de ellos supeditado, ó poco menos, á la voluntad de un banderillero más diestro. Montes fué una especialidad como director de lidia: ningún picador rehuía marchar al toro y colocarse donde le ordenaban, y la buena ejecución de la suerte reclamaba; y ningún banderillero salía con el capote á correr la fiera si no se lo mandaba el matador, y era porque sabían que, de otro modo, habríalos despedido á la segunda falta de obediencia. Cúchares dejó hacer lo que cada uno quiso, y lo mismo ha sucedido desde entonces á casi todos los que le han seguido, excepción hecha del maestro Cayetano Sanz, que siempre se hizo respetar de sus compañeros subordinados.

Malo, muy malo es el Reglamento que hoy rige en la Plaza de Madrid; y á pesar de ello, si fuera observado y cumplido literalmente por todos los que pisan el redondel, y si los espadas, de acuerdo con la Presidencia, se hiciesen respetar y supiesen lo que mandaban, podría la afición taurina prometerse funciones ordenadas, que pondrían de manifiesto la gran diferencia que hay entre las malas capeas y el verdadero arte de torear.

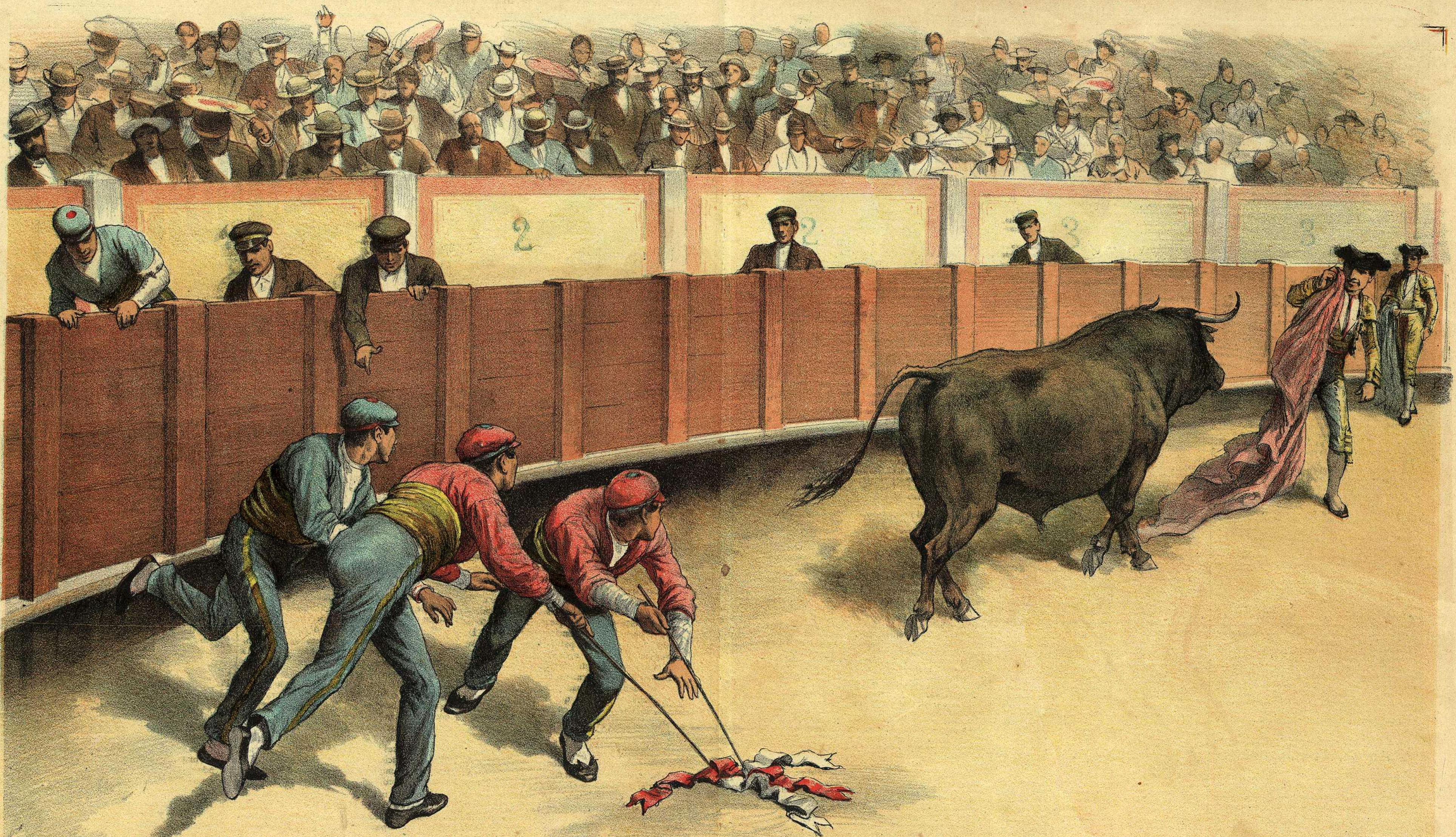
Nunca se vería á los picadores completamente abandonados, cuando colocados en sus puestos esperan la salida del toro, sino que al lado del estribo izquierdo, en distancia conveniente, habría cuando menos un capote en su auxilio: jamás se daría el caso de que los monos sabios, á fuerza de palos y llevando al jaco

del bocado, le acercasen á la fiera entregándole á la muerte, á ciencia y paciencia de un jinete, que se llama así porque va montado en una aeluya, como podría ir en un madero: tampoco se formarían alrededor de tal piquero las cuadrillas completas de peones, porque nadie estaría al lado derecho, y sólo se consentiría en el izquierdo al matador encargado de estar al quite, y á buena distancia á sus iguales, para acudir al peligro si le hubiere. Concluirían de una vez esas farsas de no poder hacer andar al caballo, de bajarse de él para volver á montar, y de buscar al toro por el camino más largo; y ya que no pudiera con eguarse que picaran como y donde se debe, al menos no esquivarían las suertes, desacreditando ganaderías.

Otro tanto puede decirse de los banderilleros. Empezando porque no darían un paso cerca de los toros, sin que el espada se lo ordenase, está dicho todo. Sería consecuencia natural que no aburrieran al toro á capotazos antes y después de que vean los caballos, cansándole y preparándole á huir, y que á la suerte de banderillas no hubiese fuera de los tercios de la Plaza más que un hombre, á espaldas de los banderilleros, para protegerle en su fuga, ya que ahora nadie sabe poner banderillas esperando en todos los terrenos.

Pues ¿y el estorbo y desbarajuste que arman los tales peones cuando toca el clarín á matar? Entonces todos, especialmente los de la cuadrilla del matador, se despachan á su gusto, corriendo de un lado á otro y volviéndole al sitio de donde le quitaron, recortándole, levantándole la cabeza, humillándosela á capotazo seco, resabiándole con dejarle el percal en el testuz ó en el suelo, y haciendo, en fin, tantas herejías, que, francamente, si hubiera un espada que se estimase en algo, despediría lejos de sí tan bulliciosa tropa, y tendría cuidado de advertirla que, para otra vez, no quería á su lado, ni aun para correrle el toro á donde considerase conveniente, más que los dos hombres que designase, en el caso de que él no tuviese confianza para irse solo á la fiera, fuese el que quisiera el sitio en que se hallare.

Urge el remedio, si las corridas de toros han de ser lo que deben ser, y si los toros han de dar el juego que requiere una fiesta, en que entra por principal elemento la bravura de las reses, que indudablemente pierden á fuerza de



II. Ferea

P. Esteban, esc.
IMP. Y LIT. DE J. PALACIOS.

Para el más listo.

capotazos y carreras, que las dejan burladas antes de ver los caballos; porque el toro es más bravo y más voluntario, cuanto más se consiente y más pronto encuentra objeto que ceda á su poder. Un espada que, como director de lidia, cumpla y haga cumplir á todos sus deberes y obligaciones, es tal vez más necesario y más aceptable que cuantos, siendo buenos matadores, descuidan el cargo de jefe, consintiendo que el redondel se convierta en merienda de negros, donde todos mandan menos el amo.

Cuanto más vale un capitán, mejores son los soldados.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

NUESTRO DIBUJO



Entre los arraigados abusos que se toleran en la lidia de reses bravas, y que pueden verse media docena de veces por lo menos en cada corrida, porque no es mayor el número de reses que pisan el redondel, está el que exponemos hoy á la consideración de los aficionados; tanto más censurable, cuanto que no tiene ni la más pequeña relación con ninguna de las suertes que componen el espectáculo, y sirve en cambio casi siempre para embarazar ó impedir la mejor ejecución de las mismas.

El acto está reducido á una grosera é inoportuna disputa acerca de la posesión de la divisa que luce el toro como distintivo de la ganadería. Comprendemos perfectamente que en la noble emulación por el arte, los lidiadores tomen á empeño el rescate de la divisa, patentizando su habilidad en burlar al bicho con un recorte ó de otro modo cualquiera, dignamente complementado al quedarse con las cintas en la mano; mas que esa polémica se extienda al servicio de plaza ó los *monos sabios*, á ciencia y paciencia de todos, y fiada sólo á la fuerza bruta, no lo creemos tolerable.

Si al menos se limitasen á recogerla cuando el cornúpeto la arroja á su alcance y sin exposición alguna, pase; pero no señor, apenas se ha desprendido de la piel del animal, los tres, cuatro, cinco ó más *monos* que se encuentran en la proximidad del sitio en que cayera, se lanzan sobre las cintas de colores como aves de rapiña, y pujan por atraparlas á carreras, empellones ó costalada limpia. La Providencia, obrando continuamente milagros en las corridas de toros, ha evitado, hasta ahora, desgracias originadas por esta abusiva costumbre; pero no es posible desconocer que ella es peligrosa y expuesta, y que lo que no ha sucedido en mucho tiempo, puede sobrevenir en breves instantes.

¡Cállese si el día menos pensado, cuando los referidos *monos* luchan á brazo partido en medio del redondel, el toro se revolviere y arrancase sobre aquel grupo obcecado ó imprudente, y saciase en él sus iras, dando ocasión á lamentables y sangrientas escenas, solo por la estúpida porfía en obtener un pintado galón de valor insignificante, y ningún mérito artístico en la mayoría de los casos!...

Nosotros, si ejerciéramos autoridad en el Circo, acabaríamos pronto con ese abuso, por un procedimiento muy sencillo. Si como parece, el afán de los *monos sabios* en cobrar las divisas, es para venderlas luego á los aficionados por una cantidad determinada, impondríamos á cada uno de aquellos individuos que lograrse una, saliéndose para ello de su puesto, el doble de multa de dicha cantidad, y es seguro que entonces no se aventurarían á ganar lo menos para perder lo más.

T.

EN ZARAGOZA

He aquí un ligero extracto de las fiestas taurómacas que han tenido lugar, durante los pasados días, en la importante capital de la región aragonesa:

Aunque satisfactoria hasta el colmo para la Beneficencia, por su colosal entrada, la corrida del día 4 en Zaragoza, no lo fué tanto para los aficionados, que esperaban mejor resultado de los elementos que en ellas intervinieron.

Los toros del Duque de Veragua, parecieron á los aragoneses poco notables en relación con el precio á que viene haciéndoselos pagar. Con presencia y poder todos ellos, mostraron poca voluntad en el primer tercio y desigualdades en los otros dos; pues mientras hubo alguno que se dejó manejar, otros dieron pocas facilidades para la lidia.

Lagartijo, único matador, quedó en un término medio; poco afortunado en los dos primeros, y bien en el tercero, el cansancio apuró un tanto sus facultades en el cuarto y quinto; demostrándose lo excesivo del trabajo para Rafael, que fué, sin embargo, aplaudido varias veces por sus buenos deseos.

El toro sexto fué retirado al corral, á petición del público, después de una bronca en la que salieron contusos el Ostión y otro banderillero. Sustituido por otro de la ganade-

ría de la viuda de Gota, el referido Ostión acabó con él y con la corrida, ya bien entrada la noche.

Ramón Laborda, banderillero aragonés, clavó de paisano dos pares al quinto, siendo muy aplaudido, y el picador Juan de los Gallos, ingresó en la enfermería con una conmoción.

En la primera de las del Pilar, efectuada el día 13, se jugaron toros de Carriquirri, hoy de Espoz y Mina. Dentro de los caracteres de la raza navarra, que es sabido que no alcanzan las reses á ellas pertenecientes gran corpulencia, se presentaron éstas muy bien criadas y de buena lámina. Cuanto á las condiciones de lidia, en la suerte de varas acusaron sangre y voluntad, pero la resistencia no estuvo al nivel de los deseos, excepción hecha del quinto, que fué el más bravo y duro de la corrida. En los otros dos tercios, se hicieron algo inciertos y alguno de cuidado.

Espartero, el primero de los matadores contrata los, estuvo regular en el primero con muleta y estoque, despachándole de dos estocadas, mejor la segunda; poco más ó menos igual en el tercero, aunque no hirió más que una vez al volapie, cuarteándose bastante, y muy bueno en el quinto, que mató tras una brega lucida, de un pinchazo bien señalado y una gran estocada.

Su compañero Guerrita se las hubo con un buey en el segundo, al que trasteó con inteligencia, resultando la faena laboriosa y de poca fortuna con el estoque; empleó dos pinchazos y una estocada contraria. En el cuarto, jugó el trapo con facilidad y adorno, entrando á matar con dos estocadas, algo delantera la primera, y tendida la segunda, y dos intentos de descabello. Y en el último fué en el que estuvo más desgraciado, pinchando cinco veces por lo mediano.

Pararon los espadas al quinto toro, clavando Guerrita dos pares y medio con mucha alegría, y uno y medio el Espartero, saliendo acosado en el entero.

El público frío, y la entrada en el tendido satisfactoria, pero floja en las demás localidades.

Para la siguiente, del día 14, estaba en turno la ganadería de las hijas de García Puente y López (antes Aleas). En Zaragoza, como aquí, la estampa del ganado nada dejó que desear. El aficionado á toros grandes, los tiene en los de Aleas; el que gusta de prolongadas cornamantas, también las encuentra en esos bichos, y el que busca poder, no queda defraudado; pero el que pretende hallar bravura y nobleza, ese sí que no lo consigue en los Aleas, ni aquí ni en Zaragoza. Una gongorina no hace verano, dice el proverbio, y nosotros añadimos, recordándole, que un toro bueno entre cinco malos, no hace corrida; y no la hicieron efectivamente la media docena de colmenareños que, aparte uno solo, contribuyeron á afianzar la creencia de que la citada vacada terminará en no lejano plazo, si Dios y el que pueda no lo remedian, por ser una apreciable plaza de *bueyes*.

Únicamente en el primer tercio, y gracias á su poder, cumplieron nada más. Para los dos restantes, todas las dificultades que presentaron, fueron pocas; y ya se comprende que en estas condiciones, es punto menos que imposible hallar alicientes en este espectáculo.

El Espartero se deshizo del primero de dos pinchazos á volapie y una estoca la contraria; del tercero con un bonito trasteo, que precedió á media estocada, una corta y otra baja y delantera; y del quinto de un pinchazo en las tablas y un bajonazo á paso de banderillas.

Guerrita despachó al segundo de un pinchazo sin soltar, una estocada envainada y un golletazo. Intentó recibir al cuarto, sin tener en cuenta que el ganado de Aleas no se presta para eso; no acudiendo el toro, y clavando una estocada mala. Y al último, de dos pinchazos y otra estocada perpendicular.

**

EN GADALAJARA

La corrida dispuesta en esta población para el viernes 16, perdió mucho de su aliciente al saberse que, agravada la herida que padece el diestro Reverte, le impedía tomar parte en ella. En su lugar fué Pepete, y algunos de los muchos aficionados de Madrid que habían formado el propósito de asistir y no se retrajeron.

Los toros cumplieron como buenos, y la gente de filas estuvo aceptable, siendo el más perjudicado el picador Zafra, que experimentó, en una caída, una conmoción y lesiones en la cabeza.

El Espartero, que empezó trabajando sus toros con gran acierto, sufrió un contratempo al matar el tercero. Al pisarse la muleta, fué arrollado, alcanzándole una cornada en la mano derecha, á pesar de lo que hizo que se la vendaran, y remató al bicho de una estocada. Retirado después á la enfermería, resultó, según el parte facultativo, con una herida en la región palmar, con dislaceración, interesando los blandos y dejando los huesos al descubierto, que le impedirá, probablemente, toréar más por este año.

Pepete estuvo afortunado, y después del percance de Manuel, procuró suplir su ausencia, dejando satisfecha á la numerosa concurrencia que presenciaba la corrida.

Celebraremos el alivio del valiente Espartero, así como el del joven Reverte.

TOROS EN MADRID

CORRIDA EXTRAORDINARIA.—18 OCTUBRE 1891.

O mojiganga extraordinaria con pujos de económica, compuesta de toreros casi olvidados y los niños de tanda, y de toros de acreditadas ganaderías... sin nombre.

La Empresa hizo el terrible sacrificio de rebajar un realito en cada localidad, aumentar el número de cabezas de mo-

lino y de ganado, y sacar el *Cristo* de la división de plaza; pero *andiamo tan escamati*, que ni aun así *traquemos* el anzuelo.

Nosotros, en cumplimiento del deber, nos trasladamos al silencioso templo del arte, y allá va lo que tuvimos ocasión de ver al verdadero é infalsificable Frascuelo, al Ecijano, al Bonarillo y á Pepete, y á los toros, ó lo que fueran, de don Juan Antonio González Carrasco, de Colmenar (¡malo!) y de D. Mariano Arroyo, de Venta con, de, en, por, sin, sobre Peña Aguilera.

Dos del primero é igual número del segundo se lidiaron en plaza entera, ocupando aquéllos el primero y cuarto lugar, y éstos el segundo y tercero. En igual proporción se combinaron para la división, saliendo uno de cada ganadería; los de Carrasco en la izquierda de la Presidencia, y los de Arroyo en la derecha, y ahí tienen ustedes repartidos los ocho como buenos hermanos en las faenas de la tarde.

Las notas, tomadas al vuelo, nos dan un resultado más favorable para la vacada de Peña Aguilera, puesto que, sin excepción, sus reses vinieron bastante bien de carnes y poder, si quiera la bravura no fuese cosa del otro jueves; pero cumplieron en varas, y se dejaron manejar para la muerte, haciéndose inciertas ó quedadas únicamente en el segundo tercio.

En cambio los de Carrasco no tenía el diablo por donde desecharlos. El primero era un choto indigno, y aunque los otros tres crecieron algo más, venían flacos y con los cuernos mal colocados. Esto, al fin, hubiera sido dispensable si no hubiesen empezado á *sacar agua*, barbeando las tablas é intentando saltar muchas veces en señal de huida, tomando las puyas de refilón, volviendo la cara en la suerte de banderillas y no pasando un momento ante el trapo rojo. Del primer tercio, corresponden á éstos 22 varas, por cuatro caídas y un caballo, y á los de Arroyo, 19 por cinco y tres.

Es decir, que, juzgando en conjunto, los de Arroyo han hecho más que algunos de ganadería de más nombre,

y en cambio los de Carrasco han obtenido un fiasco.

LOS MATADORES

Paco Frascuelo (de corinto y oro), empezó su faena intentando un gallo, que el toro no admitió, y que resultó en los dos ó tres capotazos en extremo embarullado. Con el trapo y el estoque, fué á porfía en el de plaza entera, á ver quién huía más, si él ó el bicho, enjandrando cada pase desde un kilómetro, y entrando á matar á poca menos distancia. Le atizó un pinchazo, volviendo toda la humanidad, y un soberbio... metisaca. En el que le correspondió en la división, tardó buen rato en decidirse, y al tercer pase, lió, y desde muy lejos, señaló un pinchazo bajo, sien lo enganchado por el brazo, y teniendo que retirarse á la enfermería con un pantazo, al parecer de alguna profundidad. Antes se había empeñado en gallear también al cuarto, consiguiéndolo de mala manera y á carrera tendida.

Ecijano (de azul y oro), fué el héroe de la tarde. Dió tres verónicas, muy precipitado, al segundo; pero en la muerte del mismo estuvo bien, muy bien. Trasteó con aplomo y en la misma cabeza, y entrando á herir con mucho coraje, clavó una estocada á un tiempo, que hizo innecesaria la puntilla. En el de la división, fué parco con el trapo, y habiéndosele cuadrado dos veces el toro, le citó en ambas á recibir, sin que acudiese; después, y en su vista, entró al volapie, no teniendo tanto acierto como antes al pinchar, pues le resultó la estocada baja por estar el toro algo adelantado. De todos modos, se vió voluntad, y fué obsequiado con muchos aplausos y una caja de habanos. ¡Así, muchacho, á quitar moños sin tonterías ni pretensiones!

Bonarillo (de negro y oro), abusó como acostumbra del trapo en el tercero, metiéndose en el terreno del toro y estando expuesto á un desavío; pues quedó enganchado de la manga sin consecuencias. Un pinchazo en hueso cuarteando, y una estocada delantera, compusieron su trabajo. En el de la división, tampoco escaseó los telonazos, y paró muy poca cosa, agarrando una buena estocada. En su afán de moverse, recortó mucho y usó con exceso del capote.

Pepete (de café y oro), lidió al cuarto mejor ciertamente que lo merecía, pues huía de su sombra, aprovechando la primera ocasión en que cuadró para entrar al volapie, dejando una estocada un poco caída. En el de plaza partida formó contraste con su compañero Bonarillo, reservándose con la muleta, y siendo muy buenos y concluidos los pocos telonazos que propinó al animal, y teniendo igual fortuna que aquél con el estoque, pues la estocada también fué de primera.

La brega dió poco de sí para que los espadas luciesen fuera de la última parte. De los banderilleros, pusieron buenos pares Mojino chico, el Conejo y el Salari. Megía fué hociado en las tablas y lanzado al callejón, después de lo que clavó dos pares en la división de la derecha, con más coraje que arte. Y de los varilargueros, apretaron algo Telillas, Ríones y el Artillero.

Durante los dos primeros toros de la división, el de la izquierda pasó á la derecha, armándose el lió consiguiente. Después de mucho rato, el de la derecha, se cambió á la izquierda, siguiéndole el otro, hasta que por fin pudieron separarlos, cambiándose las cuadrillas, por quedar los bichos en la mitad contraria á la que habían salido.

La Presidencia, muy acertada; el público, aun sin ver cosa notable, distraído, y la tarde apacible.

La entrada, para perder, y van tres... ¡cómo ha de ser! Y por aquellos agravios seguimos sin *monos sabios*.

D. CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios.—Arenal, 17.

Teléfono 133.